



Instituto Politécnico Salesiano  
PAMPLONA

12 de febrero de 1908  
28 de junio de 1983

**D. TOMAS DELCURA CEBALLOS**  
Salesiano Coadjutor

«Corta y triste es nuestra vida... Por azar llegamos la existencia... Pasará nuestra vida como rastro de nube, se disipará como niebla acosada por los rayos de sol y por su calor vencida. Paso de una sombra es el tiempo que vivimos, la muerte no vuelve sobre sus pasos; una vez puesto el sello, nadie regresa» (Sab 2, 1.2.4-5).

Estas palabras del libro de la Sabiduría son una llamada a la esperanza cristiana para cuantos hemos depositado nuestra confianza en el Cristo muerto y resucitado convertido en Señor de vivos y muertos.

En las postrimerías del curso escolar, nuestro hermano Tomás Delcura ha pasado de esta vida al abrazo del Padre calladamente, sigilosamente, con la sencillez de las almas que ansían la morada definitiva en la otra orilla en la que hallarán sus elegidos gracia y misericordia.

Las dolencias que le aquejaron en sus últimos días le probaron como el oro en el crisol. El las aceptó como el último holocausto de su consagración definitiva.

Y aunque sabemos, como nos dicen nuestras Constituciones en el artículo 122, que «la muerte no es triste para el religioso porque está llena de la esperanza de entrar en el gozo del Señor», es justo que al tributar el último adiós a un hermano sintamos profundamente su pérdida.

En D. Tomás se cumplen, una vez más, las palabras de nuestro padre Don Bosco: «Cuando sucede que un salesiano sucumbe trabajando por las almas, la Congregación consigue un gran triunfo».

«¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que anuncia la salvación, que dice a Sión: ya reina tu Dios!» (Is 52, 7).

Don Bosco nos ha dicho que el trabajo y la templanza harán florecer la Congregación y serán el distintivo de la espiritualidad

salesiana. Nuestro querido Sr. Delcura aprendió bien esta lección de sus mayores. A lo largo de sus cincuenta y siete años de vida religiosa sobresalió por su entrega entusiasta y abnegada a su misión.

Nació en Zaragoza el 12 de febrero de 1908. Sus padres Julián y Francisca supieron inculcar en su único hijo los principios cristianos que orientaron toda su vida.

Se trasladó de muy joven a Barcelona con sus padres quedando huérfano de padre y madre desde su más tierna infancia.

Ingresó en las Escuelas Profesionales Salesianas de Sarriá (Barcelona), el 1 de Septiembre de 1924 como aprendiz del oficio de mecánico. Allí prendió su vocación religiosa. Las orientaciones de su confesor, don Antonio Martín, orientaron su vida hacia la Congregación.

Enamorado de la figura de Don Bosco, encarnada en los Salesianos que él conoció, hizo su año de noviciado de 1925 a 1926, profesando como salesiano el día 26 de julio de 1926.

Durante este período de preparación a la vida salesiana conoció al P. José Luis Carreño con quien años más tarde tuvo ocasión de compartir en el Hogar del Misionero de Alzuza (Navarra), ilusiones e ideales.

Completó su formación en las Escuelas de Sarriá durante el trienio de 1926 a 1929, quedándose como maestro del taller de mecánica en dicha Casa.

Marchó a la Argentina en el año 1929. Permaneció durante un curso en Tucumán, en el Colegio Julio García Fernández, donde fundó el taller de mecánica. Al año siguiente fue destinado a Salta, donde ejerció el cargo de ayudante de la administración durante tres años.

De nuevo, al regresar a España, fue destinado a la Escuela de Sarriá para seguir ejerciendo la labor docente que los superiores le habían confiado.

Aunque su estancia en la Argentina fue esporádica, él guardaba un grato recuerdo de todos los Salesianos con los que él había convivido. Con frecuencia recordaba las experiencias habidas en esa querida nación.

Para preservar su vida de los riesgos que trajo consigo la guerra civil española, pasó la frontera hacia Francia, permaneciendo durante año y medio en Turín y en San Benigno Canavese. Allí contactó con el Sr. Berra, el cual le inició en los conocimientos de electricidad.

El día 2 de Septiembre de 1937, llegó a la casa de Pamplona en la que ha permanecido hasta su muerte.

Su primera encomienda fue la de maestro de taller de mecánica. Años más tarde inauguraría la rama de electricidad, gracias a su tesón y esfuerzo de autodidacta que le exigieron un gran sacrificio y una dedicación digna de todo encomio.

Sus alumnos le recuerdan como un educador de genio vivo, responsable y competente. Amante de su vocación docente inculcaba en sus

educando actitudes de vida que les hicieran capaces de superar las dificultades inherentes a todo profesional.

Cuando los nuevos planes de la enseñanza le decidieron a dejar el taller, se dedicó a realizar su misión en el desempeño del cargo de despensero y recadero.

Cada mañana acudía a los talleres, a la librería y a los distintos departamentos para ofrecer sus servicios con la sencillez que le caracterizaba.

Era apreciado y querido por todos cuantos le trataban. Agradecía cualquier detalle. Sensible y emotivo en su forma de ser, correspondía, en la medida de sus posibilidades, a cuantos le mostraban su afecto.

Su vida de consagrado estaba animada por su fidelidad a los compromisos de su consagración. Era piadoso y devoto. Amante de la Virgen, no regateaba esfuerzo alguno por cumplir con sus obligaciones religiosas.

«Es preciosa a los ojos de Yahvé la muerte de sus fieles» (Sal 116, 15).

Para quienes hemos seguido paso a paso el desenlace de D. Tomás, nos resultan de gran actualidad las palabras del Salmo.

En la mañana del 20 de Junio, el Sr. Delcura quiso ir con un hermano de la Comunidad a la Clínica Universitaria para hacer una revisión médica. Llevaba varios años aquejado de dolencias de toda índole y, últimamente, el corazón parecía que no le funcionaba con normalidad. Lo que en principio parecía una visita protocolaria se convirtió en una estancia definitiva.

Los médicos pronosticaron el caso como de suma gravedad y después de mantener una lucha titánica entre la vida y la muerte, al atardecer del día 30 de junio, D. Tomás entregaba su alma a Dios.

Estando con la ilusión de vivir y con toda lucidez, recibió los últimos sacramentos, se confesó y manifestó a uno de los hermanos de la Comunidad que ya estaba preparado a bien morir.

El sacerdote que le atendió espiritualmente nos confortaba con estas consoladoras palabras: «D. Tomás está ya en el cielo. Se ha preparado muy bien para dar el paso definitivo».

Sus restos mortales fueron inhumados en el panteón que la Comunidad tiene en el cementerio de Pamplona. Unos momentos antes de ser transportado el cadáver, la Comunidad participó en la Eucaristía que celebró el Director, de cuerpo presente, en la capilla del velatorio de la Clínica.

Fueron muchos los hermanos que se unieron al dolor de nuestra Comunidad. En el funeral concelebraron un buen número de sacerdotes de las distintas Casas de la Inspectoría. Además de nuestras hermanas, las Hijas de María Auxiliadora, hubo representaciones de las comunidades de Zaragoza, La Almunia, Sarriá y Huesca.

A lo largo de estos días han sido numerosas las muestras de condolencia que se han recibido, fruto del aprecio y del cariño que se le tenía.

El primer sábado después de su muerte, la Familia Salesiana quiso adherirse a nuestra condolencia, participando en una Eucaristía especialmente dedicada a su recuerdo.

A todos nos queda el gozo de que su muerte fue fecunda como la del grano de trigo depositado en el surco (Jn 12, 34.31). El Cristo muerto y resucitado que nos reconcilió con Dios con su muerte (Rom 5) de modo que pudiéramos recibir la herencia prometida (Heb 9, 5 ss.) es la razón de nuestra esperanza.

Hermanos: estamos convencidos de que nuestro llorado D. Tomás habrá recogido a la hora de la muerte el fruto de sus buenas obras. El ha combatido bien su combate, ha corrido hasta la meta, ha mantenido la fe.

Que nuestra oración ante el Señor sea la compañera de viaje, a fin de que el Señor le otorgue cuanto antes la felicidad de su compañía en el Reino de la luz y de la paz.

Con fraternal afecto os saluda:

LA COMUNIDAD DE PAMPLONA

Pamplona, 1 de Julio de 1983.

DATOS PARA EL NECROLOGICO: Coadjutor Tomás Delcura Ceballos. Nació el 12 de Febrero de 1908 en Zaragoza. † el 28 de Junio de 1983 en Pamplona a los 75 años de edad y 57 de profesión.